



BERAUN

EL LATIDO DE UN BARRIO JOVEN

PURI GUTIERREZ

DICEN ALGUNOS EMIGRANTES:

*"ESTA ES MI TIERRA, ME SIENTO PARTE DE ELLA."
"VIVO AQUI Y LA DEFIENDO COMO COSA MIA."
"ANTES PERECER AQUI QUE VOLVER."*

He subido la cuesta de Galzaraborda y en lo alto, donde antes crecían los manzanos en torno a tres o cuatro caseríos, hoy se levantan las moles de cemento del barrio de Beraun. Por las cortas pendientes de sus calles late el bullicio de la tarde: los niños acarrean palos y cajas viejas de fruta y están haciendo una gran pira para encenderla la víspera de San Juan; hay mujeres que hacen punto junto al coche del bebé;

algunos jubilados han sacado sillas a una amplia terraza desde la que se ve un campo donde los más jóvenes hacen deporte, junto a la autopista por la que velozmente discurren en ambas direcciones vehículos que no dejan huella en el barrio; mientras algunas jovencitas quinceañeras, primera generación nacida en Beraun, tontean risueñas para llamar la atención.

Es Beraun un barrio joven. Barrio en el que abundan los niños. Dos, tres, cuatro en cada familia. Los mayores tienen la edad que tenían sus padres cuando llegaron de tierra adentro buscando... ¿qué?

He ido con éste y otros interrogantes hacia la sinceridad de un grupo de vecinos y vecinas. Eran padres de familia que



acababan de tener una reunión para preparar las fiestas del barrio, unas fiestas en las que no van a faltar costumbres y tradiciones euskaldunes asumidas por esta población cuyo 80 % es emigrante.

Mis preguntas les han hecho volver la mirada atrás, cuando llegaron a Rentería hace tres o cuatro lustros. Y cuentan:

— El alcalde de mi pueblo reunió a los mozos. Había llegado un representante de Luzuriaga ofreciendo trabajo. Y me alisté.

— Yo tenía 16 años cuando llegué aquí. Si en mi pueblo hubiera podido cumplir mis aspiraciones no hubiera venido. Lo más triste fue dejar a mis padres, a mi novia, la tierra... Porque la tierra es el lugar donde se nace.

— Aquí he sudado, aquí he vivido. Esta es mi tierra —replica un hombre que no procede de ambiente campesino como la mayoría sino minero—. Antes perecer aquí que volver.

— Yo he nacido aquí —explica otro—. No me considero emigrante. Mis padres vinieron de Valladolid, mis apellidos son castellanos. Pero he visto a familias enteras llegar, y he oído llamarles manchurrianos, y a veces, les he visto desplazados. Yo mismo tengo algunas tristes experiencias de la Escuela, no todos los chicos me dejaron buen recuerdo. Luego, a partir de los 13 ó 14 años no he tenido problemas. En la pandilla había chicos euskaldunes y otros no y nos llevábamos bien.

— Yo vine de Burgos a los 18 años —aclara el que había hablado al principio—. Aquí hacía falta mano de obra. Fue fácil encontrar trabajo pero difícil encontrar amigos. Te sentías marginado y obligado a entrar en el círculo de los marginados. Pero cuando fui a la mili me encontré con chicos de aquí. A la vuelta, ya todo fue distinto.

— Fuimos como una avalancha —reconocen—. Algunos te recibían mal porque les parecía que usurpábamos sus puestos de trabajo...

— ¡Nada de eso! ¡Si veníamos a los puestos peores! Traíamos una base cultural baja. Hemos luchado. Hemos sudado mucho. Vinimos sin hacer la mili. Hemos sido y somos unos currantes. Pagamos la entrada del piso y al principio todo fue difícil ¡muy difícil! Más duro para nosotros que para los de aquí. Porque aquí empezaban a vender mejor sus lechugas. Nosotros colaboramos para levantar el país...

— Pero reconoce que en cuestión cultural la emigración ha machacado muchas cosas, empezando por el euskera.

— Más de una vez he oído replicar cuando alguno se expresaba en euskera: "¡Hablad en cristiano!".

— En general, reconoce que hemos respetado al pueblo que nos ha acogido.

— Y en general también ha habido un esfuerzo por parte del euskaldun por adaptarse a la nueva situación. Una tía de

mi madre —explica uno de los contertulios— se casó con un casero. En el caserío no entendían el castellano, llegó toda nuestra familia y ellos tuvieron que adaptarse a nosotros.

— Pero me atrevería a decir que las tensiones no han desaparecido —expone otro de los presentes—. Sobre todo entre los mayores. Y si en el barrio no se nota es porque somos mayoría de extremeños, andaluces, salmantinos, es decir, de fuera.

— No falta quien considera a Beraun —tercia una mujer— como una especie de reserva, como una ciudad del Oeste... cuando no nos tienen como quinquis...

— No es eso. Es que lo han tomado con naturalidad. Como si fuera otro pueblo, no parte de Rentería...

— Eso. ¡Quisieran que tuviéramos nuestras fiestas, nuestro mercado, todo aparte!

— Hay que reconocer que tampoco nosotros vivimos plenamente las inquietudes de Euskadi. En el barrio, por ejemplo, el euskera suena a chino. Los chavales no ponen interés, porque a los padres el euskera no les interesa.

Salta otra mujer:

— Yo quiero que mis hijos hablen euskera porque el día de mañana lo van a necesitar para trabajar.

— ¿Lo ves? Lo deseas por conveniencia más que por que-rencia.

— Yo quiero a esta tierra vasca, quiero a Rentería. Mi vida la tengo aquí —tercia una voz hasta ahora en silencio—. Sé que también quiero a Extremadura, pero no me preguntéis si quiero más a aquello que a esto.

— Yo soy planchadora —explica una mujer—. Mis compañeras son de aquí, y siempre nos hemos llevado como hermanas.

Otra madre de familia corrobora:

— Mi marido es euskaldun. Tres hermanos se han casado con chicas de fuera. Eso es integración.

Aquel que afirmara haber nacido aquí, tal vez con una perspectiva más larga en el tiempo, observa:

— Creo que la emigración ha sido como una fuerza, débil al principio, que venía del exterior y tenía dificultades para hallar acoplamiento, luego fue creciendo, formando un nuevo grupo diferente, para ir poco a poco integrándose, aportando sus características propias, transformándose y transformando. Ahora estas personas se sienten integradas. Y les preocupa todo lo que preocupa a Euskadi.

— Pero tú no vives en Beraun; tienes más contacto con los de aquí; es diferente.

— Sí, es diferente este barrio. Yo viví doce años en la parte vieja. Allí pertenecía a un grupo de baile, hacía excursiones



con cuadrillas donostiarras... pero en los otros doce años que llevo en Beraun, he retrocedido en la integración.

—Vamos para atrás como el cangrejo. Una mayoría, si pudiera encontrar trabajo, se irían.

Varias voces protestan: “¡Yo no me iría!” “Me he hecho a esto” “Mi pueblo ya no me atrae” “Encontré costumbres desconocidas y me tuve que acoplar. Venía buscando mejoras y para ello dejé mi sudor” “Vivo aquí y defiendiendo esto como cosa mía” “Cuatro hijos me nacieron aquí...”

Pero la realidad se impone. En muchos balcones se ve colgado el cartelito de “Se vende piso”.

—Se van por los follones, por las presiones sociales, por el miedo de que las fábricas cierren —dicen algunos.

—También porque el nuevo despertar de la conciencia euskaldun, y con ella la defensa del euskera, les crea dificultades.

—¡Hasta para ser barrendero exigen hoy el euskera...!

—Si a mí la fábrica me cierra las puertas, pongo el piso en venta. De mal dadas, veo más solución en el pueblo. Por lo menos puedes sembrar trigo y comer pan.

—Es triste tirar la casa por la ventana —se lamentan otros.

—Yo, para venir, vendí mis ovejas por 70.000 pesetas. Aquí, por el piso tuve que pagar 200.000. Ahora también me tocaría perder y sudar. Vendo el piso por un millón y no me llega para comprar un rebaño. Y la casa, y tierras... ¿Volver a empezar después de veinte años de esfuerzo?

—Si ahora la industria está mal, el campo está peor —dicen.

—Yo me quedo. Y levantaré las piedras si hace falta, con uñas y dientes —afirma el nacido aquí—. Esta es mi tierra y me siento parte de ella. Nos tenemos que integrar al cien por cien.

Otro vecino se pregunta:

—¿Por qué no nos movimos en nuestro pueblo cuando la necesidad nos obligó a emigrar? Eramos demasiado jóvenes, no teníamos experiencia ni cultura. Hoy no podemos hacer lo mismo. Ahora sabemos luchar. Y tenemos que movernos, pero aquí. Superar las dificultades, aquí. Unidos a la gente de aquí.

Ha ido el sol escondiéndose por la parte del mar, y el bullicio del barrio se ha perdido en la penumbra. Los padres y madres de familia han ido desertando del coloquio llamados por sus ocupaciones. El barrio ha quedado en sombras y silencio, en espera de un nuevo amanecer.

